

AJUSTE ESTRUCTURAL NEOLIBERAL, DEMOCRACIA Y EL PROCESO CUBANO

DR. HECTOR HERNANDEZ PARDO
VICERRECTOR DOCENTE INSTITUTO SUPERIOR
DE RELACIONES INTERNACIONALES «RAUL ROA GARCIA», CUBA

Distinguidos colegas representantes de Escuelas de Relaciones Internacionales y Academias Diplomáticas de América Latina y el Caribe:

Nuevamente la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Escuelas de Relaciones Internacionales y Academias Diplomáticas (ALCERIAD), en esta ocasión con el apoyo de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Costa Rica y el coauspicio del Proyecto Multinacional de Política Cultural y Estudios Regionales del Departamento de Asuntos Culturales de la OEA, coadyuva a reunir a académicos de Nuestra América a fin de tratar asuntos de importancia para el destino de los pueblos que Simón Bolívar y José Martí soñaron unidos de Río Bravo a la Patagonia.

No se trata está claro, parafraseando a Martí cuando decía que «cree el aldeano vanidoso que el mundo entero de su aldea», que sobrevaloremos discusiones de esta naturaleza, como las que hoy nos convoca: «Ajuste Estructural y Democracia en América Latina», ni sus resultados. Bien sabemos que no es en este foro donde se resolverán los problemas que se derivan de esa conjugación actual, a mi modo de ver contradictoria; pero es evidente que favorece a crear conciencia en torno a un problema básico de nuestro tiempo y ya conocemos cómo las abejas construyen su panal.

Permítanme primero hacer algunas reflexiones personales sobre el particular, para luego trasladar a los colegas e invitados aquí presentes ciertas convicciones que como estudioso del asunto creo conveniente subrayar.

Salvo aspectos de matices, la llamada política neoliberal, no es sino la reiteración del liberalismo que ya habían elaborado hace más de 200 años Adam Smith y Say con su famosa «Ley de mercados». El liberalismo aún a comienzos de este siglo, era en esencia un sustrato importante de las políticas económicas en boga, hasta que la extensión y la propagación de las crisis cuestionaron su viabilidad y credibilidad. Si el desentendimiento, aparente, del Estado no resultaba eficaz, entonces este debía actuar como ente regulador.

Es el momento del surgimiento y desarrollo del keynesianismo, que le asigna un papel importante al Estado en la economía.

Ante la continuidad de las crisis crónicas del sistema y agotado el período de bonanza y crecimiento de la posguerra en los años 60, entraba también en descrédito la política económica de Keynes. La crisis de los años 73-75 -la más severa después de los años 30- la enterraba ... al menos por el momento. Si la intervención del Estado fue incapaz de garantizar el equilibrio, entonces el Estado debía retirarse de la actividad económica. En cuanto comienza la etapa de resurgimiento de las ideas liberales que, aplicadas en las nuevas condiciones del mundo, serían rebautizadas como neoliberalismo.

Es precisamente en la década del 70, al agudizarse la crisis ya mencionada de los años 73-75 (también a mi modo de ver, cíclica del sistema; pero ahora en nuevas condiciones de asimetría; no hay simultaneidad ni en el momento de la crisis

ni en la profundidad de ella en los diferentes países) que se produce otro elemento nuevo: coincidencia de recesión e inflación, lo que da lugar por primera vez a la estanflación. En América Latina la situación se hace explosiva cuando paralelamente hace irrupción el problema de la Deuda Externa, a partir de 1982.

Se hacen ingobernables una buena parte de los países latinoamericanos por la profundidad de la crisis económica y los militares comienzan a retirarse a los cuarteles, abriéndose paso los procesos de democratización, o con más exactitud un retorno de gobiernos civiles a la mayoría de estas naciones.

Si hago estas precisiones, en cierta medida cronológicas, es con todo propósito. En primer lugar para recordar que el certificado de nacimiento, en su aplicación, a esta política denominada neoliberal se da en época de los militares; no se olvide que fue el régimen golpista del General Pinochet quien comenzó a ensayar estas ideas a partir de la llamada Escuela de Chicago y la política de Friedman.

En segundo lugar porque, cuando empezó a estar de moda en nuestra América el llamado neoliberalismo, recuerdo que se presentaba con bombos y platillos, como la gran salvación, como la receta para salir de la crisis, cuando la realidad es otra, lo que está probado por la actual situación que se registra en el continente. A esto debo añadir que tiene una responsabilidad también en la crisis de la deuda.

La aplicación de las políticas neoliberales, produce espejismos si no se hacen análisis a fondo. Es cierto que su puesta en funcionamiento produce impactos «positivos» en los indicadores macroeconómicos, pero ese «notable» crecimiento económico es directamente proporcional a la concentración de las riquezas en pocas manos y a la proletarianización de las clases medias nacionales. Si tuviera que explicar en términos gráficos cómo aprecio la aplicación de estas políticas diría que refleja una descorrelación brutal entre los comportamientos de los indicadores macroeconómicos y los indicadores sociales; quiebra de sectores del capital nacional productivo no competitivo ante la avalancha de los procesos de importación que vienen del Norte o de áreas con grandes inversiones de capital extranjero gracias al carácter barato de la fuerza de trabajo, lo que hace muy competitivas determinadas producciones. La industria nacional, por tanto, tendrá que reajustarse a las condiciones que impone el mercado, desmontándose las llamadas «ineficientes».

Impuestas e impulsadas por las administraciones norteamericanas de los presidentes Reagan y Bush y por organismos financieros como el Fondo Monetario Internacional, estas

políticas obligan a aplicar con crudeza la reducción de planillas en el Estado, la reducción de los programas sociales, la suspensión o disminución de subsidios, la disminución de salario y la liberación de precios, todo lo cual afecta a las grandes masas, incluyendo -como ya dije- a los sectores medios.

Esa polarización social y económica, cuyas evidencias ya nadie discute, ocurre en momentos en que en el mundo, al menos en la gente sensata, existe por fin plena aceptación de la diferencia entre «crecimiento» y «desarrollo».

Ya ningún apologista del neoliberalismo es capaz de sostener que el supuesto «crecimiento» macroeconómico que en ciertos países a veces se registra, constituye «desarrollo».

El Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Gert Rosenthal dijo en una entrevista de prensa en noviembre 24 de 1992 que «la desigualdad productiva y pobreza están ligadas a la estructura productiva, social e institucional. Para lograr mayor equidad no basta con crecer desde el punto de vista económico, como lo demuestra América Latina en los últimos 30 años».

El Licenciado Fernando Solana, Secretario de Relaciones Exteriores de México, en la reciente reunión ministerial del Grupo de Río, celebrada en Bolivia (1993) señaló que «América Latina y el Caribe enfrentan el desafío de derrotar la pobreza en un plazo relativamente corto, porque la libertad puede derrumbarse... El objetivo fundamental de todo cambio de este tipo es la economía de las familias, no solamente la cuestión macroeconómica, sino el bienestar de la gente».

La realidad de nuestra América es bien diferente a como la pintaban los propugnadores de las políticas neoliberales, hace dos décadas.

Según la FAO, y se trata de datos muy recientes (Roma, dic. 1992) la situación nutricional de América Latina y el Caribe es mejor que en otras zonas subdesarrolladas, pero peor que 20 años antes. Existen hoy 59 millones de personas desnutridas en la región; 12 millones más que en 1979-81.

En nuestra América, según la UNICEF (y el dato procede de marzo de este año 1993) hay 30 millones de niños que se ven obligados a trabajar para subsistir y unos 15 millones luchan por la supervivencia en las relucientes capitales latinoamericanas.

Más de 75 millones de niños están privados de educación, según cálculos de la 32 Reunión Anual de Ministros de Educación de América Latina y el Caribe; mientras que el

número de personas analfabetas en edad laboral sobrepasa los 50 millones.

Acudiendo otra vez a datos proporcionados por la UNICEF, en nuestra región se registran 78 millones de niños en la pobreza, 7 millones de ellos desnutridos, 44 millones no terminaron la enseñanza primaria; un millón de ellos mueren cada año por causas evitables antes de cumplir 5 años.

No solamente ha sido imposible en la mayor parte de la región erradicar enfermedades que con políticas sólidas de salud pública podrían liquidarse; sino que, por el contrario, enfermedades supuestamente del pasado han comenzado a aparecer con fuerza, como es el caso del cólera. La Organización Panamericana de la Salud ha revelado, con preocupación, que en el pasado decenio los países de nuestra América redujeron, globalmente, un 40% del presupuesto asignado a la salud.

Según la CEPAL hacia 1990 existían en América Latina y el Caribe 183 millones de pobres y otros 84 millones en la indigencia absoluta, lo cual representó 28 millones más que los propios cálculos de esta organización pronosticados en 1976.

Para la FAO el número de personas bajo la línea de pobreza crítica en nuestra región pasó de 130 millones en 1970 a 144 en 1980, y a 183 millones en 1989, creciendo a una tasa de 3,3% anual (los datos proceden del Informe de la Conferencia Internacional sobre Nutrición, de Roma, diciembre de 1992).

Entre 1981 y 1990 la población total de América Latina y el Caribe pasó de 365 a 442 millones, pero en el mismo período el Producto Interno Bruto per cápita se redujo en un 9,6%. Las últimas cifras de la CEPAL siguen indicando un decrecimiento del PIB por habitante.

En ese mismo decenio nuestra región recibió capitales por 134.700 millones de dólares (préstamos, concesiones, créditos, no incluye inversiones directas); pero nuestros países tuvieron que pagar 347.000 millones por concepto de intereses de la Deuda Externa y por repatriación de utilidades. Datos preliminares de la CEPAL correspondientes a 1992 señalan que en el último año por concepto de pagos netos de utilidades e intereses América Latina desembolsó 29 mil 600 millones de dólares.

La ONU informó que en esos diez años en el mundo se invirtieron 350 mil millones de dólares (hablo de inversiones directas); pero nuestra región sólo recibió 24 mil millones de ese gran total, cuyos más elevados por cientos se registran en

el norte desarrollado. Ahora, como ustedes saben, Europa del Este es un área priorizada para recibir capitales de Occidente industrializado.

Los datos sobre incremento del desempleo y del subempleo, la crisis en la enseñanza pública y de la seguridad social, así como otros indicadores socioeconómicos directamente vinculados con las grandes masas, registran la misma tendencia de depauperación. Ese y no otro es el resultado de la aplicación de tales políticas, que provocan ajustes estructurales contrarios a los intereses del pueblo, según mi concepto de pueblo. Obviamente, como bien señala el Diccionario Espasa-Calpe, cuando trata de explicar la acepción de DEMOCRACIA: «En el campo del Derecho Político es uno de los conceptos que más mueven a mayor confusión, por no estar determinado de un modo claro el verdadero sentido de uno de sus componentes, **el pueblo**». Depende de qué se entienda como pueblo. Para los pocos que se enriquecen con estas políticas ya mencionadas, es probable que la definición de pueblo represente masas despreciables o, cuando menos, constituye un ente aparte de la elite privilegiada, propia de la sociedad. Para mí el término **pueblo** está íntimamente ligado con las mayorías trabajadoras: los campesinos, los obreros, los profesionales, las masas desposeídas y tradicionalmente marginadas de la participación activa de la economía y en la política.

Esta idea esencial, muchas veces solo expresada en términos retóricos en medio de las campañas políticas, es lo que ha llevado a especialistas en foros internacionales, especialmente dentro de la CEPAL, a reclamar lo que ha venido a denominarse *crecimiento con equidad*. En otras palabras, como la política neoliberal lleva a la polarización (la riqueza en menos manos y mayor empobrecimiento de las masas), se ha planteado la necesidad de que el Estado debe ejercer un papel de colchón para amortiguar el efecto social de tales políticas y sobreviene esta tesis de *crecimiento con equidad*, que significa buscar el crecimiento económico; pero garantizando que sus resultados alcancen a todas las capas sociales y de las ideas políticas, en términos puramente académicos deseo expresar que el proceso cubano no necesitó de tanto tiempo para plantearse ese camino de *Desarrollo con equidad*. Pienso, incluso, que la primera gran conquista del proceso cubano contemporáneo es la distribución de la riqueza. Y pienso, incluso, que si el proceso cubano no ha dado más, no es achacable a las concepciones y principios de justicia social que lo rigen y la praxis de sus ideas, sino a causas externas.

Diría más, considero que los resultados actuales de las políticas neoliberales en América Latina, en el caso cubano consolidan y justifican el derrotero de su proceso. Al menos en su caso.

Unas veces por falta de información, otras por información distorsionada y brindada al gran público con todo propósito, y las más de las ocasiones por las mentiras repetidas muchas veces para convertirlas en verdad y que proceden del gran centro de poder tradicionalmente con aspiraciones hegemónicas sobre nuestra región, no siempre personas honradas son capaces de hacer con rigor el análisis científico al valorar y enjuiciar el proceso cubano.

Cabría aquí recordar a Voltaire cuando ponía un ejemplo de la justicia exacta que hicieron siempre los clérigos de entonces a todos los príncipes que no los tenían contentos. Narraba el ilustre enciclopedista: «Con imparcial candor San Gregorio Nacianceno juzga al emperador Juliano el Filósofo: declara que éste príncipe que no creía en el diablo, tenía con el diablo secreto comercio, y que un día que se le aparecieron los demonios echando llamas y con caras repugnantes, los hizo huir, haciendo inadvertidamente los signos de la cruz. Le llama *furioso* y *miserable* y asegura que inmolaba todas las noches dentro de unas cuevas varios mancebos y varias doncellas. De este modo habla un santo del más clemente de los hombres, que jamás se vengó de las invectivas que durante su reinado profirió contra él ese mismo Gregorio.

El método hábil de justificar las calumnias que se lanzan contra el inocente, consiste en hacer la apología del culpable, de este modo todo queda compensado, y este es el método que adoptó San Gregorio. El emperador Constancio, tío y predecesor de Juliano, al ascender al trono asesinó a Julio, hermano de su madre, y a sus dos hijos, los tres declarados augustos, y enseguida mandó a asesinar a Gallus, hermano de Juliano. Tan cruel como con su familia, fue con el imperio; pero era devoto, y en la batalla decisiva que emprendió con Magnense, estuvo rezando a Dios en una Iglesia todo el tiempo que duró la pelea de los dos ejércitos enemigos. Pues de ese hombre hace el panegírico San Gregorio. Si los santos faltan de ese modo a la verdad, ¿qué debemos esperar de los profanos, si además de profanos son ignorantes, apasionados y supersticiosos?»?

Claro en nuestros días no se trata de identificar a los sectores conservadores de Estados Unidos como ignorantes, apasionados y supersticiosos y mucho menos con San Gregorio; sino como irracionalmente hostiles a un pueblo pequeño que ha sabido erguirse con dignidad, como David ante Goliat, constituyendo un ejemplo moral, que es donde radica su verdadero peligro para el gigante del norte y por lo cual «no lo mantiene contento». Porque no hay nadie hoy que sea capaz de sostener con seriedad que Cuba sea un peligro para la seguridad nacional de Estados Unidos ni para ningún país de la región.

Como bien señala la convocatoria a este Seminario Internacional, «el proceso de democratización ha seguido diferentes caminos en los países de América Latina... la democracia ha surgido según las posibilidades de cada país y no como un fenómeno que responda a modelos externos.»

Parto del principio de que cada país tiene sus características y ningún modelo es aplicable a otro, como no son iguales ni siquiera los dedos de la misma mano o las hojas de un mismo árbol.

«El respeto al derecho ajeno es la paz», como decía Juárez. Cada pueblo tiene derecho a escoger el camino que considere y que más se ajuste a sus condiciones, en esos términos debo subrayar que el proceso cubano se justifica histórica, económica, política y socialmente, de la misma manera que sería un error tratar de injertarlo en otro contexto. Fue el resultado de una lucha centenaria por la independencia nacional, respondió a las aspiraciones más profundas del pueblo. Puso fin a una sangrienta tiranía que tuvo el visto bueno de Estados Unidos de Norteamérica, pues este en medio de la guerra fría, se resistió a permitir que un partido de masas, de corte reformista, accediera al gobierno por vía de las urnas. El curso constitucional en Cuba y las esperanzas de las masas en esa y en otras ocasiones anteriores en este siglo, fueron cercenados por políticos tradicionales de adentro en alianza y al servicio de intereses foráneos identificados en el Norte. Los cubanos conocieron de los rejugos de la politiquería más vulgar, de los partidos políticos que luchaban por prebendas y que en los momentos más cruciales viraban la espalda a las grandes masas; conocieron de cómo se pisoteaban los intereses nacionales en función del enriquecimiento de unas cuantas familias o por dictado de los procónsules norteamericanos.

Conocieron cómo la corrupción invadió en un camino sin regreso a la administración pública: cómo la mafia empezaba a competir en inversiones con capitales procedentes de grandes compañías de Estados Unidos.

El panorama socioeconómico que hoy exige una buena parte de América Latina y el Caribe no le fue ajeno a la Cuba prerrevolucionaria: de una población de casi seis millones de personas, se registraban más de un millón de analfabetos, un millón de semianalfabetos; 600 mil niños sin escuelas, diez mil maestros sin trabajo. Sólo el 17% de los jóvenes entre 15 y 19 años recibía algún tipo de educación. La población mayor de 15 años tenía un nivel educativo promedio inferior a 3 grados.

Ridículos eran los presupuestos de educación y de salud pública, una parte de los cuales iban mediante el robo al bolsillo de los funcionarios públicos.

De unos seis mil médicos, el 61% radicaba en la capital; solo existía una escuela de medicina.

La mortalidad infantil se elevaba entonces a 60 por cada mil nacidos vivos y la expectativa de vida se calculaba en unos 55 años.

Junto a la prostitución, el juego y otras lacras, caracterizaba la sociedad cubana el elevado índice de desempleo, que abarcaba unos 600 mil cubanos aptos para el trabajo, sin incluir el subempleo gigantesco como consecuencia del llamado tiempo muerto entre una zafra azucarera y otra. La mayor parte de los campesinos en Cuba no eran poseedores de tierra, sino que eran explotados al estilo del medioevo mediante diversas formas: tales como la aparcería y el arrendamiento.

El proceso cubano dio respuesta a todos esos problemas. En primer lugar al problema histórico de la nación cubana: la independencia, y por extensión, estableció una estrategia encaminada a desarrollar el país hasta entonces monoprodutor y en extremo dependiente, y paralelamente enfrentó una política, hasta hoy continuada, para solucionar los grandes problemas sociales y económicos que aquejaban a la familia media cubana. El esfuerzo gigantesco que se ha desarrollado en el campo de la salud pública, de la educación y la seguridad social sólo es posible advertirlo «in situ» y en cierta medida con comparaciones. En 1990 nacieron en América Latina y el Caribe 12 millones 326 mil 923 niños, con una tasa general de mortalidad infantil de 52 por cada mil nacidos vivos. Fallecieron por tanto unos 641 mil niños. En ese mismo año 1990 la tasa de mortalidad infantil en Cuba fue de 10,7. De haber sido esa la tasa de mortalidad infantil en América Latina se habrían salvado 509.102 niños. Hoy ya está ese indicador en Cuba en 10,3 entre los más bajos del mundo.

La esperanza de vida en Cuba, achacable a la calidad de la vida en general y a los esfuerzos realizados en el terreno de la salud, se elevó a 75,7 en tanto que la esperanza de vida actualmente en América Latina -en términos globales- alcanza la cifra de unos 67 años.

Mientras la tendencia en el continente, con la aplicación de políticas neoliberales es la desprotección de la seguridad social; en Cuba existen más de un millón 200 mil pensionados: uno de cada 9 cubanos goza de seguridad social con un presupuesto superior a 1.500 millones de pesos.

La población actual de Cuba, de unos 10 millones 800 mil habitantes, puede clasificarse en estos términos: uno de cada 15 cubanos es profesional (6%); 1 de cada 8 cubanos es técnico medio (13%); el país dispone de un maestro cada 37

personas, es probablemente la república de mejor proporción en el mundo entre docentes por cantidad de habitantes; y tiene el impresionante indicador de un médico cada 250 habitantes, es decir, unos 46 mil médicos y 25 mil estudiantes de medicina. Esta verdadera proeza en el campo social, paralela a importantes esfuerzos encaminados al desarrollo científico y económico -lo que se expresa en la diversificación de las ramas productivas y en las enormes inversiones en estas áreas-; se ha llevado a cabo en condiciones de hostilidad permanente de un vecino muy poderoso, que en determinados momentos -además de un bloqueo económico que dura más de 30 años y que obstaculiza cualquier operación comercial de la nación cubana, hasta la adquisición de medicinas en los Estados Unidos- ha practicado todo tipo de acción de hostigamiento, incluyendo invasiones militares para liquidar el proceso revolucionario cubano y la preparación, financiamiento y armamentos para bandas armadas internas.

Hoy son muy conocidos algunos de los planes que ha desatado la Agencia Central de Inteligencia, el Pentágono y otras instituciones de esa naturaleza contra Cuba: que van desde el asesinato político hasta los actos de barbarie terrorista más execrables, como la colocación de dispositivos explosivos para hacer estallar en pleno vuelo aviones de pasajeros con decenas de personas inocentes a bordo, así como la introducción en el país de agentes bacteriológicos para desatar epidemias. Siendo una nación pequeña, Cuba no sólo ha tenido que enfrentar esa situación para desarrollar su economía y su sociedad; sino que en los últimos años -como consecuencia de los cambios producidos en Europa del Este- la nación cubana perdió sus más importantes mercados, vedados otros. Más del 80% de su comercio, en condiciones favorables para Cuba representaba aquel mercado. A partir del principio reclamado en Naciones Unidas del Nuevo Orden Económico Mundial, que demandaba precios adecuados a materias primas procedentes de países en vías de desarrollo, Cuba había alcanzado convenios correctos y favorables, con la antigua URSS y otros países de Europa del Este -sin que ello implicara- en ningún momento dependencia política alguna.

La pérdida de esos mercados, a lo que se suma un recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos sobre Cuba, apelando incluso a procedimientos jurídicamente inadmisibles, como es la Ley Torricelli, que pretende sancionar como ley universal una disposición del Congreso de aquel país, han colocado a Cuba en los últimos años en una situación difícil económicamente y de manera acelerada a rediseñar su economía y buscar fórmulas para insertarse en la economía mundial, sin poner en peligro su independencia política y sus conquistas sociales. Ello no ha implicado, sin embargo, renunciar al perfeccionamiento del modelo cubano, incluyendo a su tradi-

cional ingrediente democrático. La democracia en Cuba se expresó nitidamente en las últimas elecciones generales para diputados a la Asamblea Nacional y a delegados a las asambleas provinciales, a las asambleas municipales y para circunscripciones de los órganos de Poder Popular, proceso que se desarrolló -en los distintos niveles- entre noviembre de 1992 y marzo de 1993, y que -en su fase final contó con la presencia de diversos órganos de prensa de Brasil, Argentina, Colombia, México, Puerto Rico, Bolivia, Perú, Ecuador, Estados Unidos, Canadá, Japón, Gran Bretaña, España, Alemania, Bélgica, Bulgaria, Finlandia, Francia, Italia, Portugal y Suecia, llegados especialmente para informar sobre esos comicios generales, a lo que se sumó la prensa extranjera acreditada en el país.

Estas elecciones y los pasos que le antecedieron constituyen en sí la más fehaciente voluntad de perfeccionar y avanzar, dentro de un modelo autóctono en el camino de la más pura democracia. Se introdujeron cambios importantes en la Constitución Cubana, referidos a las regulaciones de conceptos económicos, entre ellos se destacaron los relacionados con la organización de empresas mixtas de capital cubano y extranjero y la flexibilización del comercio exterior; el laicismo del Estado, la introducción en el sistema electoral del voto directo y secreto para elegir a los diputados a la Asamblea Nacional y a los delegados a las asambleas provinciales, así como a la proyección integracionista con América Latina y el Caribe. El perfeccionamiento del sistema electoral en Cuba estuvo precedido de amplios debates nacionales, en las organizaciones sociales y de masas.

La nueva Ley Electoral aprobada ratificó el principio democrático fundamental de que *el pueblo es quien postula y elige a sus representantes*.

Lo que hace más avanzada dentro del perfeccionamiento democrático del país a esta nueva Ley Electoral es que la elección de los delegados a las asambleas provinciales y de los diputados a la Asamblea Nacional se hace mediante voto libre, directo y secreto, lo que se hacía anteriormente de modo indirecto.

El 24 de febrero de este año, fecha en que se conmemoraba un nuevo aniversario de la guerra de independencia iniciada por José Martí en 1985, se realizaron las elecciones generales en Cuba para elegir 589 diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Ya antes, con el mismo procedimiento de voto libre, directo y secreto, se habían elegido los delegados de circunscripción y los delegados a la Asamblea Municipal del Poder Popular en los 168 municipios con que cuenta el país.

Podría, si los representantes aquí presentes así lo desean, hacer otras precisiones adicionales en torno a las facultades y poderes de estos órganos de gobierno. Solo añadiré que es la población, sin intervención del Partido, la que postula a los candidatos de base y es la población quien los elige a todos los niveles. Todo ciudadano puede ser elegido, e incluso ocupar un escaño como diputado nacional, si recibe más del 50% de los votos válidos.

Según el sistema actualmente imperante en Cuba, millones de personas pueden ser postuladas, tienen la oportunidad de ser postuladas. No necesitan dinero para ello; necesitan sólo decencia y méritos ciudadanos. Son millones porque cualquiera lo puede proponer como candidato en la circunscripción, después los vecinos deciden si lo postulan, y luego que lo postulan puede llegar hasta la Asamblea Nacional, puede llegar a cualquier cargo ese vecino de la comunidad.

Pero lo interesante es que estas elecciones se realizaron en el peor momento económico de Cuba, cuando incluso algunos en el exterior, desde 1989, pronosticaban que a la Revolución le quedaban meses de vida y que las dificultades a las que se enfrentaba harían que perdiera su base social de apoyo en la población. El Diario de las Américas, de Estados Unidos, acostumbrado a simbolizar en personas procesos de honda raíz popular, titulaba «Difíciles elecciones para Castro». Organizaciones de oposición a la Revolución, desde el exterior, distribuyeron octavillas en el país llamando a la población con esta consigna: «¡A escribir no en las boletas!»

La agencia española EFE, recogiendo declaraciones de ciertos cabecillas de oposición a la Revolución, pronosticaba que el 60 por ciento de la población que acudiera a las urnas, proyectaría de alguna forma su rechazo al proceso cubano. El mismo día 24 de febrero, una agencia de noticias con sede en Estados Unidos, decía que «pese a la insistente campaña en el voto unido, no se descarta que haya un alto porcentaje de sufragios nulos o en blanco que expresen el descontento de un sector de la población.»

Las decenas de emisoras que transmiten desde territorio norteamericano para Cuba desataron a principios de febrero una extraordinaria campaña llamando a los cubanos al abstencionismo o a anular el voto. Una sola de estas emisoras, entre el 8 de febrero y el 23 de ese mes, propuso, 1200 veces abstencionismo o anular la boleta.

Los periodistas extranjeros pudieron moverse a sus anchas, incluso asistieron al conteo de los votos. Nadie, ni siquiera los peores enemigos de la Revolución, pudieron aducir fraude ni nada parecido. Fueron elecciones libres y transparentes. El resultado fue contundente.

Votaron 7 millones 852.364 cubanos, lo que representa el 99.57 de la población apta para ejercer el sufragio.

De esa cantidad, 6 millones 939.894 electores votaron por todos los candidatos, lo que representó el 95,6 de los votos válidos; el resto lo hizo en forma selectiva.

A nivel nacional las boletas en blanco y las anuladas representaron solamente el 7,03 % para diputados a la Asamblea Nacional; y el 7,16% para delegados provinciales. Aunque en ningún momento se calificó de plebiscito, estas elecciones -repito- en el peor momento de la Revolución, vinieron a convertirse por obra y gracia de los enemigos del proceso cubano en un verdadero referéndum: porque fue un enfrentamiento de conceptos, de ideas, de políticas. Fue una batalla entre las aspiraciones históricas del pueblo cubano y los que pretenden retrotraerlo al pasado.

Esas son verdades objetivas, que muchas veces o no se divulgan o no se comprenden adecuadamente en el exterior. Mi país, tantas veces acusado de satélite; no se de qué se le podrá acusar ahora.

Un pueblo doblemente bloqueado, que ha demostrado muchas veces su dignidad y valor, y que ahora ha ratificado su compromiso con la Revolución, merece respeto internacional, al menos. Hoy, liquidado el conflicto Este-Oeste, no se justifica la presión y la hostilidad contra Cuba.

Como toda obra de hombres, la Democracia Cubana y el proceso cubano son posibles de perfeccionar. A nadie escapa en mi país que ese, y de hecho lo es, tiene que ser un empeño de todos los sectores y personas con responsabilidad no sólo con el presente sino con el futuro de la nación. Pero nunca debe olvidarse, además, que esa obra se desarrolla en condiciones del más feroz y largo bloqueo económico que haya conocido antes la historia de la humanidad, en nuestro caso doblemente criminal y contrario a todo derecho humano por tratarse de un país pequeño y perteneciente a la familia del Sur, por lo tanto pobre. A ese bloqueo se suma una sistemática y organizada campaña de desinformación política sobre la opinión pública internacional e incluso, en violación de todo lo establecido en el organismo técnico mundial, irrumpiendo como piratas en el espacio radioeléctrico nacional, también una poderosísima campaña radial y televisiva encaminada a desestabilizar a nuestra sociedad. En tales condiciones el poder cubano no tuvo otra alternativa que reaccionar con justas respuestas a ese intento de liquidar por asfixia a su Revolución. Y la historia demuestra que en esta plaza sitiada, como se ha pretendido colocar a Cuba, no hay lugar para veleidades; y las mayorías que ocupan las almenas y las barricadas, no pueden consentir que se les asesine por la espalda.

Esa y no otra es la explicación -como dijo en una reciente entrevista a un periódico mexicano un prominente dirigente cubano- de la renuencia a proporcionar un clima político que ofrezca espacios y oportunidades a los agentes de los situadores. En esa posición no hay matices. Cuba no se cerró, la cerraron; y no depende de Cuba que el cerco en torno a ella sea levantado. Esto es imprescindible que se comprenda para que no se le exija a Cuba lo que debe exigírsele primero a Estados Unidos. Hacer lo contrario es como si alguno de nosotros topáramos en plena calle con una acción violenta y contraria a la ley y a los principios de la ética, digamos con un forzudo gigante que trata, haciendo uso de su fuerza, de violar a una débil mujer que sin embargo lucha ferozmente contra el delincuente para evitar ser mancillada, y nuestra intervención para evitar el conflicto sea aconsejar a la mujer que se deje violar tranquilamente, que no tenga preocupación, ya que después acusaríamos en los tribunales al criminal.

Pese a cualquier imperfección del sistema cubano o insuficiencias que, repito, en la mayoría de las ocasiones hay que buscarlas en factores externos, si nos atenemos al concepto de democracia, en su acepción de gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como lo definió Lincoln en su época, no tengo duda alguna en señalar que la democracia Cubana es un ejemplo de Democracia. Y si en este campo el proceso cubano no ha podido dar más todavía, no es achacable a la Revolución, sino a los que no le dan oportunidad para avanzar con más rapidez en ese camino y en ese principio que la sustenta.

Pese a ser una Revolución genuina -y ya podemos advertir en la historia que todas las revoluciones verdaderas que antecedieron a la Cubana, fueron sangrientas, recuérdese sino a la Revolución Francesa de 1789 o cualquier otro ejemplo- lo que ha caracterizado al proceso cubano es su profunda raíz y su cotidiano quehacer humanista; como decía José Martí: el respeto a la dignidad plena del hombre. En estos 34 años jamás los tanques han salido a la calle a reprimir al pueblo ni se han producido (ni siquiera aisladamente) hechos que recuerden los recientes sucesos de Los Angeles, ni ha habido noches de San Bartolomé ni Vísperas Sicilianas ni Inquisición ni guerras de narcotraficantes ni vendetas políticas ni se ha registrado un solo desaparecido por motivos políticos ni existen Escuadrones de la Muerte.... En Cuba existe un Estado de Derecho. Todo lo demás es pornografía política para ocultar verdades sencillas y rotundas.

Reclamar y defender el derecho a la autodeterminación y de asegurar nuestro desarrollo con equidad a partir de nuestras propias condiciones, al tiempo que luchar para preservar la soberanía, la integridad y las conquistas alcanzadas;

así como rechazar la injerencia externa, no constituyen delitos, por el contrario, se ajusta al Derecho Internacional.

El propósito estratégico del modelo cubano en modo alguno conspirará contra los sueños superiores de integración latinoamericana.

Ya se ha dicho más de una vez, que en un mundo que avanza aceleradamente hacia polos de integración, sería un absurdo que los hombres y políticos de nuestra América no trabajarán en ello.

Ese objetivo, que una vez simbolizó Bolívar y Martí, es también un objetivo de la actual sociedad cubana, altamente politizada, informada y dispuesta a cualquier paso que tenga ese propósito. Pero nunca debemos olvidar que, incluso, en un proceso de integración, y más aún en él, habría que esforzarse por disminuir y erradicar las enormes desigualdades económicas y sociales a las que ha ido conduciendo la aplicación, a ciegas, de las políticas llamadas neoliberales, pues -es indiscutible- que con la existencia de tal polarización social y económica y las tendencias insostenibles que se aprecian en los indicadores relativos a las grandes masas del pueblo, sería absolutamente imposible pensar en sociedades caracterizadas por la estabilidad.

Estas reflexiones, desgraciadamente, no sólo corresponden realizarse en foros del Sur; sino también, y con mayor urgencia, entre estadistas y personas influyentes en las políticas del Norte. Hace falta que se imponga la sensatez frente a lo irracional que propugna el llamado Nuevo Orden Internacional, que pretende convertir a nuestros pueblos en entes pasivos, esclavos de las decisiones de los poderosos, a los que se apliquen nuevos esquemas del anti-Derecho Internacional, tales como el llamado «Derecho de Injerencia», que cercena el principio de soberanía, integridad e independencia y trata de establecer mecanismos antidemocráticos a escala planetaria.

Algunos pensaron que, terminada la guerra fría, entraríamos en un período de tranquilidad y estabilidad. Véase, sin embargo, el mundo de hoy: lleno de conflictos por todas partes; creo que como nunca antes en la historia se aprecian conflictos regionales, étnicos, religiosos, separatistas, fronterizos, etc. Obsérvese la situación explosiva social que existe en una buena parte del mundo. Pretender acallar esas erupciones sociales por medio de las armas, es un crimen de lesa humanidad. Esos problemas ya no pueden ser achacados a la existencia de la bipolaridad Este-Oeste y mucho menos a la existencia de una Cuba que lucha, a brazo partido, por su supervivencia y por salvaguardar sus conquistas. Búsquese, como el cirujano con el enfermo, las causas reales y profundas de la situación explosiva a la que está abocado el mundo y que en esta sala hemos esbozado con respecto a América Latina y el Caribe. Si lo hacemos, veremos que la contradicción fundamental de nuestra época, a escala global, se localiza en el diferendo Norte-Sur, con todas sus nefastas implicaciones para nuestros países, y visto en el plano particular de nuestras naciones el problema que se presenta no tiene respuesta con los actuales ajustes estructurales propios de las políticas neoliberales, sino en decisiones de otra naturaleza que requieren verdadera voluntad política para realizarlas: darle la tierra al que la trabaja, acabar con el desempleo y la pobreza, crear espacios y oportunidades para los profesionales, científicos y sectores medios, coadyuvar al desarrollo de las ramas productivas nacionales, obtener en la arena internacional las ventajas de un Nuevo Orden Económico Internacional que favorezca el desarrollo de nuestras naciones, prestar asistencia de salud en las proporciones necesarias a los humildes de la tierra, hacer que toda persona goce de facilidades en la educación, sin discriminación de ninguna índole, para asegurar al menos que todo ciudadano sepa leer y escribir y, por lo tanto, sepa votar; instrumentar políticas serias contra la corrupción administrativa; garantizar, en fin, el más importante de todos los derechos, el derecho a la vida, en un contexto de desarrollo con equidad.